

Discurso a la Universidad Nacional Autónoma de México

ALAIN TOURAINE*

SEÑOR RECTOR, SEÑORES MIEMBROS de la Junta de Gobierno y del Patronato, señoras y señores miembros del claustro de directores, colegas universitarios. Antes de todo, quiero, en nombre de los nuevos doctores *honoris causa* de la Universidad Nacional Autónoma de México, expresarle a usted, señor rector, y a nuestros colegas de la Universidad, nuestra más honda gratitud por el honor que acaban de otorgarnos asociándonos a la vida intelectual, científica y cultural de esta respetada Universidad y también a su voluntad de defender, en un periodo difícil, sus responsabilidades profesionales, cívicas y humanas, su vocación de descubrimiento, análisis crítico y liberación. Es el deseo de cada una y de cada uno de nosotros manifestar nuestro agradecimiento, participando activamente en el trabajo de la Universidad, trabajo de investigación y docencia, y también en los debates y la formación de proyectos para los mexicanos, para el conjunto del Continente Latinoamericano y para todos los seres humanos que son cada día más interdependientes.

¿Cuál es la vocación actual, Max Weber decía el *Beruf*, de las universidades? Muchos defensores de las universidades modernas, empezando por sus fundadores en Berlín, a comienzos del siglo pasado, han considerado como su tarea principal, y como la meta de toda la educación el encuentro libre y directo de maestros y estudiantes con los valores universales de la verdad, del arte y también del bien moral y social que permiten a los individuos y a las sociedades salir de la noche, de la ignorancia y de la violencia para acercarse a la luz del progreso. Así renacieron o se transformaron, durante los dos últimos siglos, las universidades que habían conocido en muchos países europeos una crisis profunda en el siglo XVIII, crisis que, en el caso francés, había llegado hasta la supresión total de las universidades por la Revolución y la reconstrucción de un sistema tan nuevo como lo fueron primero la creación de la Universidad de Berlín y después la reforma de Oxford y Cambridge en los años cincuenta, y la introducción del modelo alemán en los Estados Unidos, primero en Johns Hopkins, después en Harvard y en todas las grandes universidades.

La idea central de este modelo de universidad fue la liberación material, social, económica y moral por la razón. No solamente el descubrimiento de las leyes del

* Dirigir correspondencia al Centre D'Analyse et D'Intervention Sociologiques, École Des Hautes Études en Sciences Sociales, núm. 54, Boulevard Raspail, 75006 París, tel. 98 (331) 49-54-24-57, fax: 42-84-05-91.

mundo y la comprensión del espíritu humano, sino también la confianza en la capacidad de acción liberadora de los individuos y de las naciones educadas.

Este concepto de la universidad todavía tiene vigencia, porque no hay universidad que no tenga confianza en el conocimiento como factor de liberación, pero no podemos aceptarlo sin análisis crítico. Porque las universidades no actúan más en sociedades dominadas por la tradición sino, en la inmensa mayoría de los casos, por una intensa modernización, una fuerte movilización de toda clase de recursos y la rápida formación de un universo técnico, económico y militar, en el cual el conocimiento ha adquirido un poder tan inmenso, casi ilimitado, que el problema central de nuestra época no es más el de dominar la naturaleza, sino el de dominar el dominio que hemos adquirido sobre el mundo entero y sobre nosotros mismos, porque si en el árbol del conocimiento han madurado muchas frutas que dan fuerza y placer, también han crecido otras que envenenan.

No conviene, en este recinto, prestar atención a las pocas voces que condenan el conocimiento o satanizan a la ciencia. El irracionalismo sólo tiene consecuencias negativas y las universidades tienen que defender, sin vacilación alguna el valor positivo y la necesidad de la investigación científica y del pensamiento racional. Pero es imprescindible para nosotros defender el conocimiento no solamente contra la ignorancia, sino también contra su propia transformación en poderes burocráticos o tecnocráticos, en los casos menos peligrosos, en dominación autoritaria o totalitaria en los más desastrosos. Si, hoy en día, el rechazo de la modernización es escaso, es, por el contrario, poderosa la movilización del conocimiento y de los instrumentos de modernidad al servicio de una u otra forma de dominación social.

Son dos, opuestas una a la otra, las principales formas de uso de la razón científica y tecnológica como herramientas de poder. La primera es la subordinación de la ciencia y de la cultura a metas puramente económicas. En la sociedad industrial, la palabra racionalización no sólo significó el uso de principios científicos en la organización de la producción, sino más concretamente la subordinación de los trabajadores a las metas y a los criterios económicos de los dueños de las empresas. Cuando se vuelve más eficiente la ciencia y se estrechan las relaciones entre ciencia y técnica, diagnóstico y terapia, también aparece la relevancia para todos, y en primer lugar para los académicos, de la tarea de analizar el conjunto de las prácticas sociales que son inspiradas por el conocimiento científico o técnico, pero que también son influidas por valores culturales y relaciones de poder y que acarrearán efectos psicológicos, sociales y culturales de importancia creciente. Uno de los procesos más importantes de transformación del mundo actual es la disociación del mundo técnico-científico, la separación creciente entre los flujos y las redes de los sistemas de producción, por un lado, y de la experiencia —del *Lebenswelt*— individual y colectiva, por el otro. El tratamiento de la enfermedad se aleja del enfermo; como dicen los ingleses, *cure* y *care* se separan. De la misma manera, la formación profesional en las escuelas o universidades se separa de la cultura de la juventud, y los espectáculos de los *mass media*, cuyo impacto es siempre más amplio, participan sin embargo cada vez menos en la construcción de actitudes y

proyectos personales. El universo técnico-económico y el universo cultural y psicológico se separan cada vez más.

La consecuencia de esta separación en la vida académica es que la idea central de la universidad: unir en el mismo espacio, en las mismas instituciones, producción, transmisión y aplicación del conocimiento, es decir investigación, docencia y profesionalización, está en peligro. Los investigadores pueden reunirse en instituciones no universitarias, públicas o privadas, los docentes alejarse de la investigación y mantener categorías tradicionales, y por eso disfuncionales, de organización del trabajo académico, y las empresas y los Estados pueden controlar cada vez más directamente la formación técnica e ideológica de sus *managers*. No se puede entonces defender la existencia misma de las universidades sin darles una función central de análisis crítico de las condiciones, formas y efectos del saber. Los físicos fueron los primeros que tuvieron que incorporar a su trabajo un análisis crítico de los efectos políticos y sociales de la física nuclear; los biólogos, de manera más directa y cotidiana, se encuentran con problemas de bioética, y los economistas no pueden estar satisfechos con una separación completa entre las leyes del mercado y las realidades sociales y políticas. Es entonces una necesidad urgente para las universidades ampliar sus programas de docencia para incluir en ellos todos los aspectos de las relaciones entre teoría y práctica, ciencia y acción. Quisiera dar un ejemplo de las consecuencias de esta orientación general: la formación de los médicos fue, durante mucho tiempo, sobre todo profesional y clínica. Conviene dar, al contrario, la misma importancia a la educación científica, a la formación profesional y al conocimiento de los problemas individuales y colectivos de la salud y de la enfermedad, del concepto que tenemos de la vida y de la muerte, de la sexualidad y de la vida psíquica. Recientemente, una escuela de ingenieros me invitó a presidir la ceremonia que acompaña la entrada de los nuevos alumnos y el director explicó que había invitado a un sociólogo y no, como de costumbre, a un jefe de empresa o a un ministro, porque se había convencido de que los problemas humanos y sociales tenían la misma importancia que las matemáticas o el estudio de los materiales en la formación de los ingenieros. Es decisivo para el futuro de la Universidad que ella reconozca el análisis crítico de las prácticas sociales como una de sus tareas de mayor transcendencia. Antes de todo, para separar la ciencia de la opinión, del poder o del interés particular que, cada vez más a menudo, se presentan como científicos o positivos.

La segunda forma de dominación que amenaza el desarrollo del pensamiento racional y científico es bien distinta de la autonomización excesiva del mundo técnico-económico que acabo de mencionar; es, de manera directamente opuesta, la instrumentación de la ciencia y de la técnica al servicio de un poder movilizador, nacionalista, comunitario o, en el peor de los casos, totalitario. Pero tal dependencia también puede ser impuesta por un Estado benefactor, por un *Welfare State* o por un Estado apoyado sobre un proyecto libertador. El proceso de modernización es tan acelerado y tan general que los atributos de la modernidad y en particular la autonomía de la producción intelectual, ya sea científica, artística o hermenéutica, pueden ser destruidos por la movilización integradora que acompaña todos los procesos de modernización voluntarista. El pasaje de la modernización,

que implica esta integración voluntarista a la modernidad, que se define de manera opuesta, por la autonomía creciente de los varios sectores de la vida social: política, economía, religión, arte, familia, educación, etc., es tan difícil que el mundo contemporáneo parece a veces dividirse entre regímenes desarrollistas autoritarios y países liberales, pero estancados, por lo menos fuera de los pocos nodos centrales de los *networks* mundiales. Las universidades tienen que mantener la libertad de la vida científica, cultural e intelectual contra todas las formas de movilización heterónoma. Logran así que esta movilización, que tiene aspectos positivos y tal vez indispensables, no se transforme en una obsesión comunitaria o ideológica paralizante y que se lleve a cabo el difícil, pero necesario, pasaje de la integración de todas las fuerzas de cambio a la autonomización de cada una de ellas en una modernidad que, de esta manera, se vuelve endógena.

Estos dos temas, opuestos y complementarios, que acabo de analizar rápidamente, no son más que un comentario breve sobre el nombre de esta Universidad. Es nacional porque, como todas las grandes universidades, participa en la formación de un sujeto colectivo, de una nación no como etnia, ni tampoco como puro sistema institucional, sino como comunidad de ciudadanos que combinen memoria y cálculo, razón y afectos, ciencia y poesía, lenguajes formalizados e idiomas creadores de identidad y comunicación. Es entonces nacional porque analiza los problemas, las decisiones, las esperanzas y los sufrimientos, los éxitos y los fracasos de la nación. Este papel nacional de las universidades y de la UNAM en particular tiene una relevancia muy especial en el periodo actual, cuando aumenta la influencia de procesos financieros y de decisiones económicas que pueden ser contradictorias con metas democráticas de igualdad y participación social. Es responsabilidad de las universidades elaborar conceptos del desarrollo que combinen la apertura económica con la integración social y la creatividad cultural de cada nación. La Universidad a la vez es autónoma, no solamente en un sentido administrativo, sino más bien porque su libertad le permite ser útil al progreso material y moral de la nación. Una universidad ideologizada, encarcelada en un pensamiento oficial o dominante, no puede cumplir su misión de creación científica y técnica, y menos aún su trabajo de análisis crítico de la experiencia histórica individual.

Permitan ahora a alguien que no es ciudadano mexicano agregar que es un honor para nosotros identificarnos en este momento no solamente con la Universidad Nacional Autónoma, sino también con México. El mundo actual parece estar desgarrado cada vez más profundamente entre una economía globalizada y culturas o poderes fragmentados. Los esfuerzos de varios países por combinar participación en el progreso de las ciencias y de las técnicas modernas con la defensa o la reinterpretación de su identidad cultural parecen estar en peligro, como si todos los países tuvieran que escoger entre dos orientaciones contradictorias. El Continente Latinoamericano, y de manera central México, han luchado, sufrido y estudiado para superar esta separación creciente entre el universo de la economía y el universo de la cultura, para combinar ciencia y conciencia, universalismo e identidad. México atraviesa por un periodo difícil en el cual requiere movilizar su capacidad de análisis, crítica, debate, propuesta, imaginación, para salir de la

crisis, para reconstruir las mediaciones institucionales, políticas y sociales, que puedan unir una economía incorporada al mundo internacional con los actores sociales que se sienten amenazados. Es de gran importancia para el mundo entero que México logre elaborar una solución propia a esta desvinculación amenazante de la economía y de las culturas, que pueda reconstruir proyectos, a la vez nacionales y abiertos al cambio y combinar en todo su territorio el respeto de las identidades culturales con una mayor participación de todos en la vida económica y política del país. La tradición central de este país fue la búsqueda de una síntesis entre pasado y porvenir, entre memoria e imaginación, a través de luchas sociales y proyectos políticos. Ojalá la Universidad Nacional Autónoma pueda participar en primera línea en la reconstrucción de México. Y nosotros, doctores de esta Universidad, queremos expresarles a ustedes no solamente nuestra gratitud, sino además nuestra solidaridad y nuestro deseo de participar en este trabajo al servicio de un país que admiramos y en el cual confiamos.